

SOPA DE LIBROS

Gianni Rodari

La góndola fantasma

Ilustraciones
de Federico Delicado



ANAYA



1

QUE EMPIEZA JUNTO AL PUENTE DE LOS SUSPIROS

Corría el año mil seiscientos y pocos, y corría tan deprisa que casi había llegado a su fin. Era precisamente la víspera de Navidad, y el joven enjuto y harapiento, de aire melancólico, sentado bajo un balcón de Venecia, lo sabía y lo lamentaba.

«Mañana es Navidad —pensaba Arlequín mirando fijamente el agua del canal, tan negra como sus pensamientos—, y sin duda tendré más hambre aún que los demás días. En mi estómago debe de haber un calendario porque los días festivos gruñe mucho más que los laborables».

Había pasado el día en la Plaza de San Marcos, persiguiendo una paloma que parecía hecha a propósito para el asado de Navidad. Pero las palomas ya lo conocían. Cuando lo veían llegar a la plaza, inmediatamente corrían la voz:

—¡Alarma! ¡Ya está aquí ese muerto de hambre! ¡Dejémosle el mijo y salvemos las plumas!

Y, alzando el vuelo, se ponían a salvo en lo más alto del campanario. Arlequín se agachaba, fingiendo atarse los zapatos, y se llenaba los bolsillos de mijo y de arroz. Entonces, intervenían los guardias para impedirle que engordara a costa de la ciudad de Venecia, que gasta mucho dinero para mantener a sus hermosas palomas.

—Eh, tú, ¿por qué no vas a pasear a otra parte? —le decían.

Arlequín agradecía calurosamente el consejo.

—¡Qué buena idea! —decía—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido antes? Ustedes, los guardias, siempre están en todo.

Las palomas, en cuanto veían que se alejaba, volvían a planear por la plaza, sin duda comentando entre ellas que los guardias eran demasiado buenos.

Y cuando el desventurado joven masticaba, a falta de algo mejor, feas palabras dirigidas a aquellos inocentes animalitos, un extraño espectáculo atrajo su atención: una góndola, bordeando la orilla, entraba en el célebre río donde se refleja, temblando de miedo, el Puente de los Suspiros. Me diréis que una góndola

en Venecia no es un espectáculo extraño. Las hay a miles, todas con su gondolero plantado en la popa como un mástil sin vela. Pero aquella góndola no tenía gondolero, estaba vacía, como un ataúd sin cadáver. Sin embargo, se deslizaba rápida por las aguas, como llevada por una fuerza invisible y silenciosa.

«Vaya, vaya —se dijo Arlequín—. Puede que la empujen los peces para divertirse».

—Jovencito —murmuró de pronto una voz a sus espaldas—, ¿quieres ganar mil ducados?

Arlequín se volvió sorprendido. Un hombre enmascarado, envuelto en una amplia capa negra, se inclinaba sobre él.

—¿Mil ducados?

—No perdamos tiempo. Subamos inmediatamente a tu góndola y sigue aquella embarcación.

Arlequín se puso en pie de un salto, corrió hacia la orilla y saltó dentro de una góndola. El desconocido hizo lo mismo, después se sentó en la popa y susurró de nuevo:

—Adelante, marmota.

Mientras desataba la maroma del palo, Arlequín se acordó de que jamás en su vida había conducido una góndola y menos aún aquella que estaba robando.

«¡Estaría completamente loco si le dijera que no soy gondolero! —pensó para tranqui-





lizarse—. Seguro que se enfadaría mucho. Es mejor que me calle, al fin y al cabo hay mil ducados de por medio. En cuanto a la góndola, solo la tomo prestada».

En aquel preciso instante, el capitán Tartaja, comandante del navío «San Marcos», dedicado al transporte de especias y tejidos entre Venecia y Oriente, salía de una taberna donde había mantenido una larga y agradable conversación con el cocinero de a bordo —el cual le servía también de guardaespaldas cuando se encontraba en tierra— y con numerosas botellas de aguardiente.

18

—Ge... Ge... Ge —dijo de repente el capitán Tartaja que, haciendo honor a su nombre, no era precisamente un ágil orador.

Mientras el capitán se esfuerza para terminar la palabra iniciada, me adelantaré para informaros de que esa palabra era «Genoveva». La historia no explica por qué un cocinero de barco tenía que responder por aquel demonio de nombre. Pero los nombres no los elegimos nosotros, nos vienen impuestos, como las verrugas de la nariz. Así que, sed buenos con el cocinero Genoveva y no os riáis de él.

—Ge... Ge... —continuaba mientras tanto el capitán Tartaja, apuntando con un dedo en

dirección al canal. Lo que quería decir era: «Genoveva, que no vuelva a probar una gota de aguardiente en mi vida, si aquello no es una góndola fantasma. Mira, ¡por todos los delfines del Adriático!, navega sola, sin necesidad de remos ni de vela. La única explicación posible es que sea la góndola de Caronte, la que lleva las almas al infierno».

Cuando el capitán Tartaja consiguió terminar su discurso, Genoveva se volvió para mirar hacia el canal pero, al hacerlo, solo vio una góndola como cualquier otra, conducida por un gondolero de movimientos torpes, que llevaba como pasajero a un caballero enmascarado que, sin duda, regresaba de algún baile. La góndola fantasma había desaparecido.

—Capitán —dijo el cocinero—, os debe de haber sentado mal el centésimo vaso de aguardiente. Ya os he dicho que hay que detenerse en el noventa y nueve.

El capitán Tartaja habría insistido pero, al darse el enésimo golpe contra un muro, se desvaneció la extraña visión.

Dejemos, por ahora, que los dos marinos encuentren su posada, si es que pueden. Nosotros daremos un pequeño salto atrás. ¿Lo habéis dado ya? ¿Dónde estamos?